

Revista

de

Ciencias Económicas

Publicación mensual del Centro Estudiantes de Ciencias Económicas

Director:
Luciano Carrouché

Administrador:
Miguel G. Di Cío

Secretario de Redacción:
Italo Luis Grassi

Redactores:
Mario V. Ponisio - Mauricio E. Greffier - Agustín A. Forné
Jacobo Waisman - Dívico A. A. Fürnkorn - Luis Marforio

Año III

Noviembre de 1915

Núm. 29



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
1835 - CALLE CHARCAS - 1835
BUENOS AIRES

Algunas semejanzas y contrastes en el desarrollo de la Argentina y de los Estados Unidos (*)

El territorio conocido ahora con el nombre de Estados Unidos de Norte América fué, en general, ocupado y poblado por los europeos del norte o sea los anglosajones; mientras que la región del Río de la Plata fué ocupada y habitada por los europeos del sur o sea los latinos. Al señalar el crecimiento de estos dos grandes países ha sido muy fácil hacer positiva y hasta exagerada la diferencia entre el desarrollo del norte y del sur y, por consiguiente, se ha dedicado poca atención a los notables puntos de semejanza bajo los cuales se ha efectuado este desarrollo.

Es muy probable que el propósito de los historiadores al dar amplios datos acerca de esta divergencia operada entre el norte y el sur, después del descubrimiento de América por Cristóbal Colón, sea plausible. Ciertamente, la colonización por los anglosajones fué progresivamente hacia el oeste, y por tal razón homogénea; pero no lo fué en lo que se refiere al contacto con los indígenas y españoles en el suroeste de nuestro país y en California. No se podría asegurar que igual homogeneidad marcó la absorción latina en Sur América. Está aquí, precisamente, el contraste al cual voy a hacer alusión; deseando atraer esta noche la atención de vosotros, jóvenes estudiantes hoy, pero a quienes mañana será confiada la interpretación, así como el manejo, de este fenómeno que formará un capítulo de la historia argentina.

(*) Conferencia dada en el salón de actos de la Facultad de ciencias económicas, bajo el patrocinio del Centro de estudiantes de la misma, por el doctor Albert Hale, agregado comercial a la embajada que los Estados Unidos de América tienen acreditada ante nuestro gobierno.

El primer error excesivamente difundido — debo confesarlo — entre mis conciudadanos es admitir como un hecho que toda Sur América ha tenido un desarrollo análogamente homogéneo.

Este supuesto no puede ser menos verídico. Para ser breves dejemos las diferencias entre la colonización española y portuguesa, y dediquémonos detenidamente sólo a la primera de estas.

La colonización española comenzó en el istmo de Panamá bajo la capa de vivísimo colorido que de por sí encierran la tradición y la fábula. Cuando las fuerzas de Hernán Cortés conquistaron a Méjico, todo el mundo estaba trastornado. Aquella fué una conquista inspirada sólo por lo material, por las riquezas del suelo mejicano; y la idea y el propósito de una verdadera colonización estaban muy lejos de existir en el cerebro de los conquistadores. Es un hecho que ellos nunca colonizaron; solamente conquistaron y absorbieron las innumerables tribus: aztecas, mayas, y otras que estaban en posesión de la fecunda tierra.

Poco después de la conquista de Méjico, por Cortés, vino la del Perú por Pizarro, y éste, que tenía los mismos propósitos, pudo obtener con las tribus incas, quíchuas, aymarás, y los araucanos, los mismos resultados que aquél con las citadas. Sí: conquistaron, absorbieron lo del país; pero no colonizaron.

Hasta la época actual en todo Méjico, así como en Chile, — o sea en la costa oeste de Sur América, — no obstante esta absorción tan completa y la reproducción tan pura de la raza española, la proporción actual de sangre europea en relación a la población entera es notablemente pequeña. Es de lamentar esta confusión que suele hacerse de la Argentina con la costa occidental, la que se debe a una causa: durante una corta temporada, de la costa del Pacífico se podía venir hasta el descenso atlántico de los Andes, siendo la ruta indicada la que siguió después de la conquista del Perú, la invasión hacia el este al través de las montañas: por La Paz, Jujuy y Tucumán, o por el paso de Uspallata. En muy remotos días, la Argentina perteneció al virreinato del Perú. Esta defectuosa organización de España no podía prolongarse por mucho tiempo, y así cuando los españoles en diversas épocas intentaron colonizar, poblaron al país de diferente manera que nosotros en algunas partes y en otras de manera parecida.

Nosotros segregamos o transformamos a los nativos; por

lo menos en lo que se refiere a nuestra costa este, en donde ha desaparecido por completo la sangre primitiva. Los españoles al desembarcar después del descubrimiento del Río de la Plata, se deshicieron de los primitivos moradores en manera semejante. Vosotros, como nosotros, encontrasteis salvajes, nómades sin ningún rastro amistoso, pocos en número e incapaces de comprender la civilización europea; pero supisteis también dominarlos y assimilarlos. Tened en cuenta que yo hablo en general de hechos y no de teorías. No pretendo hacer ninguna justificación en contra de los argumentos de etnólogos, humanitarios, o de los que hubieran deseado que hace 400 años se ejerciera el mismo tratamiento que hoy ejercemos, o que la mayor parte del mundo ejerce, con los nativos moradores de cualquier país.

Los conquistadores europeos no toleraban el elemento primitivo; les estorbaba, y si no era suficientemente numeroso como para hacer resistencia, lo aniquilaban a tal extremo que no podía jamás reproducirse. Aunque teóricamente esto se lamenta mucho, es un hecho y como tal lo aceptamos.

Poco han influido en el progreso y en la civilización los 500.000 indígenas que existen aún en los Estados Unidos de Norte América, así como los pocos miles que hay en la Argentina.

Así, pues, vosotros, como nosotros, despejasteis el suelo de ese estorbo, de ese género humano primitivo, y ante vuestros enérgicos antecesores, como ante los nuestros, se ofreció un territorio ilimitado, propicio, como pocos en el mundo, para que el hombre habitara y formara colonias en las que podía establecerse y reproducirse.

Poco a poco se fué desarrollando una emigración europea hacia estas inmensas tierras. Aquí, ciertamente, se puede trazar un contraste muy característico y anotar ciertas diferencias entre ambos países. En las colonias británicas de Norte América los fundadores vinieron en su mayor parte—como es natural suponer— de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Gradualmente absorbieron todo el elemento holandés que había formado colonias florecientes alrededor de lo que actualmente constituye el estado de Nueva York. Fueron europeos del norte los que poblaron toda la costa del Atlántico desde Maine hasta Georgia, y hasta los "Great Lakes", hacia el interior, y fueron, también, europeos del norte los mismos que años después encabezaron el afortunado éxito de la gran contienda de 1776.

En la Argentina, esta colonización inmigrante provino, por el contrario, del sur de Europa. Los esfuerzos para adquirir libertad fueron quizá determinados por diferentes impresiones pero los resultados, desde el punto de vista político, fueron los mismos. Vuestra independencia fué realizada en 1810. Vale la pena haberme detenido en todo esto, puesto que me servirá de base para las comparaciones que voy a hacer.

Para dar mayor claridad a mi exposición, antes de emprender el trazado del plan de progreso de estas dos nuevas repúblicas que crecieron paralelamente, una en Norte América la otra en Sur América, describiré la faz física de los dos países en que las modernas actividades del mundo debían llevarse a cabo.

Conocéis vuestro país mejor que yo. La Argentina abarca cerca de tres millones de kilómetros cuadrados, que es, más o menos, en los Estados Unidos de Norte América el área comprendida entre el río Mississippi y el océano Atlántico. Vosotros tenéis el grandioso Río de la Plata, el Uruguay y el Paraná y sus tributarios. Es de lamentar, no obstante, la escasez de canales en el interior del país, útiles medios de comunicación en tiempos primitivos, y que os serían de gran utilidad industrial en los actuales, porque proporcionarían fuerza e irrigación. Poseéis regiones montañosas con riquezas de metales y bosques, la caña de azúcar en el norte, y tenéis grandes probabilidades de triunfo en la producción de productos agrícolas subtropicales, tales como frutas, algodón y tabaco; poseéis extensos campos sembrados de trigo, maíz, lino y alfalfa o poblados por millones de ganados.

Podéis proveer al mundo entero de estos productos, y mientras esto suceda, no hay que temer por el futuro de la Argentina, pues será siempre próspero; tiene por sí este país en sus riquezas naturales la bendición del cielo. Podréis mañana considerar, históricamente, la innmerecida crisis actual como un mero episodio, pasajero en el firme avance de este país entre las poderosas naciones del mundo.

Por otra parte, debo añadir que, juzgando por lo poco que se conocen en mi propio país vuestras principales características, creo que es mejor llamar vuestra atención hacia algunos de los caracteres físicos y ventajas de los Estados Unidos de Norte América.

Nuestro clima es más variado que el vuestro. Tenemos en los estados del norte un invierno muy riguroso:—mucho más severo que el que se puede experimentar en el extre-

mo sur de este continente — las aguas se hielan fácilmente.

Pero tenemos, también, una región subtropical donde crecen la caña de azúcar y las frutas subtropicales; aunque son de poco rendimiento para el mundo comercial, debido a la competencia de los exuberantes productos de las regiones contiguas de la zona tropical. Entre estas dos zonas, se extiende una tercera donde se cultiva el trigo, el maíz, y se apacienta el ganado. Todo esto es lo que durante tantos años ha constituido y mantenido nuestro movimiento de exportación. Sin embargo, hay que considerar que estos productos, aunque cultivados en grandes proporciones, son hoy apenas suficientes para proveer a los habitantes de nuestro país, y que la Argentina ha venido a constituir el manantial — que antes existía en los Estados Unidos de Norte América — que abastece al extranjero.

Además de la abundante producción de nuestro suelo, dos factores contribuyen a nuestra prosperidad: uno es el enorme depósito de carbón, hierro y cobre; — que tienen una parte tan importante en el comercio actual — el otro, es esa afortunada previsión de la naturaleza, que ha dotado a nuestro país de numerosos ríos en su interior y de magníficos puertos en sus costas. Desde los tiempos más remotos de nuestra colonización hemos aprovechado estas ventajas; y allí donde la naturaleza no proveyó lo suficiente, el hombre lo proveía con su arte; lo mismo que vosotros en la Argentina, profundizáis las aguas en los puertos, permitiendo así la entrada de enormes vapores, que realizan el comercio moderno. Indudablemente que estos factores han contribuido notablemente al crecimiento y a la actividad de la vida en el interior de nuestro país, y mientras ella aumenta nuestro tráfico con el extranjero, ha atraído aun en mayor grado la inmigración, y estimulado la colonización.

La riqueza de las tierras para la agricultura, la abundancia de recursos naturales del suelo, el clima templado, nuestras colinas cubiertas de tupida arboleda, nuestras vastas praderas, el inagotable abastecimiento de agua de los lagos y ríos; todo contribuyó a hacer grato y atrayente el país para los colonizadores, que decidieron permanecer definitivamente en él, y así edificaron casas para ellos y para sus familias, y formaron sus hogares en América.

Ahora bien: vosotros tenéis en la Argentina algunas de estas ventajas en mayor grado que nosotros; otras, quizá, serán menores. Vuestro clima es, en general, más benigno, más

uniforme, y ciertamente tan saludable como el nuestro y los terrenos son tan productivos y tan extensamente cultivados. Vosotros podéis producir mayor cantidad de productos alimenticios y embarcarlos con más facilidad para los mercados extranjeros. No tenéis tan buenos puertos naturales; hay menos agua en el interior del país y, por consiguiente, menos medios de producir fuerza y menos facilidad para la irrigación. Pero si se utilizan los ríos y lagos de la cordillera, será este un medio magnífico que aumentará notablemente la capacidad industrial de vuestro país.

Todo esto constituye la base de mi tema: semejanzas y contrastes... Pero es preciso demostrar que en principio, nuestros países aparecen con ciertas semejanzas físicas, con ciertas características sociales dominantes, y con ciertas tendencias muy determinadas hacia la real y verdadera institución *americana*. Hago enfática la palabra *americana* que, según mi opinión, se refiere al desarrollo en el hemisfero occidental del espíritu de la civilización europea, pero libre de esa tradición de feudalismo de la cual es tan difícil escapar.

En la Argentina y en los Estados Unidos de Norte América tenemos, por consiguiente, zonas vírgenes, de parecidas condiciones físicas y capacidad productiva y tanto a los fines de la colonización como al propósito de la vida independiente y política, libres de toda población primitiva. Existía más o menos el mismo espíritu, el mismo anhelo de sacar provecho de nuestras oportunidades, y es muy probable que las dos naciones hayan progresado a lo largo de líneas de la mayor resistencia, no obstante la lucha por gobernar bajo la teoría, y tratar de obtener resultados prácticos, mientras que se estaba trabajando por una nueva forma de gobierno.

Gran parte del desarrollo operado durante los cien últimos años, es tema de historia que todos vosotros conocéis. Ya he dicho que descendéis casi exclusivamente de la raza latina del sur de Europa, y que nosotros descendemos de la gótica del norte. Esto siempre constituirá una gran diferencia, que es bueno tener presente.

A mi parecer, el detalle más interesante y sugestivo, en la paralela de semejanzas que hemos trazado sobre el desarrollo del norte y del sur, es el fundamento de ese espíritu que hemos llamado *americanismo*, encabezado por vuestro prócer San Martín y nuestro George Washington. Y deseo llamar con insistencia la atención sobre la intensidad con que ese espíritu se difundió, tanto en la Argentina como en los Estados Uni-

dos de Norte América. La causa determinante de ese *americanismo* — que he tratado desde el principio que fuese reconocida — es el hecho de que nuestros países originariamente dependen exclusivamente de Europa, tanto en población como en ideas; la influencia de las razas indígenas es un factor casi ignorado. Y, sin embargo, desde el principio, nos hemos librado de las tradiciones del feudalismo europeo e implantamos en América nuestro gobierno propio, y esto mismo podemos decir con énfasis de la Argentina. Vosotros también tenéis en el pueblo y en el gobierno como característica de *americanismo*, ese espíritu que le da a cada individuo la oportunidad de triunfar o fracasar en sus intentos, según sus propios méritos individuales.

Quizá los reaccionarios dirán que la desaparición de la aristocracia hereditaria, empobrece o destruye el aspecto poético de la vida. Yo no admito esta idea. Existe entre nosotros un orgullo de familia, una aristocracia intelectual y al mismo tiempo podemos gozar y disfrutar los éxitos materiales. Nosotros, los del siglo XX, vivimos en una era de materialismo que es muy difícil dejar de admitir; no se puede ocultar a nuestra vista un hecho tan palpable. Las riquezas de hoy las distribuye el comercio: el comercio implica trabajo y, por consiguiente, para que poseamos riqueza, es preciso trabajar, producir, para contribuir así a crear las mayores comodidades y los mayores bienes para la humanidad. Vosotros, aquí en la Argentina, también admitis el buen éxito material, y habéis llegado a ser grandes productores, con un coeficiente de comercio “per cápita” asombroso.

Admitamos francamente que con la probabilidad de tal aristocracia material ha existido, y aun existe, la codicia para obtener éxito por cualquier medio, aun valiéndose de los poco legales. Pero esta falta de honradez, que se conoce entre nosotros con el nombre de “graft”, no es ninguna novedad y la historia nos dice que fué muy común en Roma.

Nosotros, en los Estados Unidos de Norte América, hemos adelantado a pesar de los abusos cometidos ya en asuntos políticos ya en los comerciales. Pero poco a poco nos estamos convenciendo de que un gobierno por más complicado que sea puede conducirse bajo los sanos principios de la honradez, y esos medios ilegales y deshonestos, a los cuales les hemos dado el nombre de “graft”, se están suprimiendo, tanto en los Estados Unidos de Norte América como en la Argentina.

Hemos asistido asimismo a muchos fenómenos semejantes. El sello de un progreso republicano estampado, se puede decir, en nuestro país como en el vuestro, es lo que atrae a sus visitantes. Es esto lo que persuade al extranjero, cuando se decide a dejar la antigua civilización de su propio país y se dispone a vivir entre nosotros y se establece, crece o coloca a sus hijos donde puedan desarrollarse entre lo nuevo, asimilando lo más adelantado. Tanto la Argentina como los Estados Unidos de Norte América gozan de fama y son bien conocidos del mundo entero, como símbolos de oportunidad tanto comercial como social.

Al poner en evidencia el contraste entre vuestra civilización y la nuestra, debo decir que creo que vosotros nos superáis en dos puntos. Mis grandes simpatías por los latinos, en general, me permiten expresar ampliamente mi opinión personal. Pero también me secundan en esta idea, intelectuales cuyas opiniones están basadas en indiscutible imparcialidad. Esos dos puntos son: su vida social y su desarrollo municipal.

Tiene para mí vuestra vida social un encanto y una dignidad que no se encuentran semejantes en la América anglosajona. Habéis conservado cierta dulzura en el trato que nosotros, quizá en la ardiente lucha hacia la riqueza material, hemos perdido. No sabré como explicarlo, pero, no cabe duda de que así es. Lo mismo se puede decir así de Buenos Aires como de las pequeñas ciudades provinciales de la república de la América latina. Acaso sea el alma artística, idealista de los latinos, que parece no poder vivir en sociedad sin esa gracia espiritual. Yo me siento con la audacia suficiente para decir que después de que uno ha sido admitido en la verdadera amistad y contacto de la sociedad de los latinoamericanos, siente nostalgia por volver a vivirla, si se separa de ella.

Acerca del desarrollo de los municipios, me expresaré con el mismo entusiasmo. En lo que se refiere a esto, para hacer más claro el punto que voy a tratar, me saldré de los confines de la Argentina, para basarme en la propia y mayor experiencia. Como repetidas veces he dicho en mi país, desearía que en los Estados Unidos de Norte América, los encargados de nuestras ciudades aprendieran en ese sentido lecciones de vosotros. Las ciudades de Méjico, Caracas, Santiago, Montevideo, Río de Janeiro, así como vuestra hermosa Buenos Aires, todas nos ofrecen ejemplos de esa lucha tenaz hacia un ideal que debíamos seguir. Buenos Aires, con sus múl-

tiples casos de adquisiciones cosmopolitas, rivaliza en alto grado, y hasta supera en progreso, con Nueva York y Chicago.

Recientemente he oído decir a dos personas que han viajado por el mundo entero, y que conocen Asia y Europa, y también los Estados Unidos de Norte América, — personas cuyo mayor interés está en estudiar el desarrollo de los municipios — que Buenos Aires, tomándola en el conjunto de sus barrios, es la ciudad más completa del mundo.

Ciertamente, son muchos los contrastes que quisiera evidenciar, para avivar así en vosotros, el interés por seguir esta puja que se está efectuando entre la Argentina y los Estados Unidos del Norte, para dar eminencia y levantar a la mayor altura a la América. Me limitaré a un punto, en el cual creo que poseemos ventajas sobre vosotros, a saber: cómo hemos poblado nuestro suelo.

Al principio, si es que recuerdo bien la historia, en Norte América se estimuló poco la colonización. Los puritanos de "New England" llegaron allí escapando de la persecución de que eran objeto en el viejo mundo; pero tanto por su continua lucha contra los aborígenes para conseguir sus propios éxitos, como por el afán de conservar sus credos religiosos excluyeron, en vez de atraer, a los nuevos inmigrantes.

En la parte sur de nuestro país, se hicieron esfuerzos para colonizar las regiones que hoy forman los estados de Virginia, Georgia y otros; pero la inmigración industrial fué arrastrada por la población de negros, introducida al país para trabajar en provecho de los poseedores de la tierra. Después de la revolución, una vez dominado el interior del país, fué éste poblado por nuestros mismos ciudadanos, muchos de los cuales se dirigieron hacia el oeste, deseosos de aventuras y ávidos de poseer libremente tierras vírgenes donde sembrar. No obstante este vehemente deseo de cultivar la tierra, se prestó muy escasa atención a la colonización. Dimos la bienvenida a los inmigrantes, pero los dejamos que vinieran por sí mismos, y que cada uno corriera la suerte que correspondiera a sus méritos individuales.

Casi simultáneamente a los esfuerzos hechos en la América del Sur en el sentido de colonizar las tierras, hubo en Norte América un poderoso flujo de inmigrantes. Muchos de ellos provenían de Europa y venían, se puede decir, desterrados de su tierra patria, por las dificultades de la política. Vinieron por su propia voluntad, con la esperanza de encontrar libertad, después de tanta opresión, pues se les ofrecía la opor-

tunidad de formar un hogar y mejorar su suerte. Entre los años 1820 y 1861, llegaron a los Estados Unidos de Norte América, cinco millones de inmigrantes; más de cuatro millones, a contar del año 1840 hasta la guerra civil. Se hicieron ciudadanos, adquirieron tierras, y hoy sus hijos y los hijos de sus hijos forman una gran masa de nuestra población, a la cual debemos en parte el firme progreso experimentado en los últimos cincuenta años del siglo XIX.

Después de la guerra civil, cuando estábamos transformándonos de simples productores agrícolas en industriales, manufactureros y por consiguiente en una comunidad más completa, comenzamos a necesitar gente para el trabajo manual. Tanto el norte como el sur había perdido muchos de sus mejores hombres, y era menester reemplazarlos; se necesitaba gente de trabajo. Se presentaba así una oportunidad excelente y, en consecuencia, entre los años 1865 y 1890, seis millones de inmigrantes europeos desembarcaron en suelo americano, pocos de ellos bajo contrato, la mayoría con la intención de establecerse definitivamente, formar sus hogares y educar a sus hijos en América.

La Argentina pasó por condiciones más o menos análogas, libre de agitaciones políticas, después que la lucha en pro de la independencia había cesado. Tenía tierra virgen y productiva, clima favorable, una forma de gobierno republicana y necesidad de trabajadores. Pero, vuestros hombres de estado trataron de fomentar la inmigración por medio de estímulos, en la creencia de hacer más tentadora la inmigración con el apoyo del estado y de favorecer así la colonización. Desgraciadamente, al prometer el sostén del gobierno, se hizo desaparecer el espíritu de iniciativa individual. Un exceso de protección paternal, se puede decir, aunque admirable en sí mismo, a la larga es dañoso, y destruye sus mejores propósitos.

Hay aun otro contraste, en el problema de la inmigración. En la Argentina, se ha permitido la posesión de grandes extensiones de terreno, cuyos propietarios tenían más interés en que existieran muchos trabajadores en lugar de muchos pequeños propietarios. El hecho de no poder ser propietarios, amortiguó el estímulo que en principio el gobierno había ofrecido, pues los inmigrantes rara vez permanecen donde sus propios esfuerzos no son capaces de producir su propio bien, sino solamente el enriquecimiento de otros.

No quiero decir, al hacer el presente análisis, que esto sólo sucedió aquí, pues los Estados Unidos de Norte América

no dejaron también de cometer errores. Pero, creo que la suerte que tuvimos para dar con el medio más adecuado para poblar nuestras tierras, se debe tanto a la casualidad como a designios detenidamente trazados. Dimos a los que inmigraron a nuestro país, libre oportunidad para adquirir o comprar tierras tan pronto como se hicieran ciudadanos; les dispensamos protección con no menos interés que a nuestros propios compatriotas, y los dejamos en libertad para que llevaran a cabo sus propósitos.

No obstante ser tan evidente el asombroso progreso de la Argentina, permitidme que os exprese esta idea: vosotros necesitáis inmigración. Tengo la firme seguridad de que al terminar la espantosa guerra del viejo mundo, habrá una inmigración hacia el nuevo continente. Es preciso que os preparéis para ella, pero de un modo sencillo y eficaz: abrid vuestras puertas a los nuevos moradores; ofrecedles la ayuda del estado, y facilitadles la adquisición gratuita de tierras a condición de que se hagan ciudadanos de vuestro país. Luego dejadles solos, garantizados en el uso de sus derechos por buenas leyes, y asegurados en la efectividad de sus derechos por los contratos que celebren. Con estos principios tienen que progresar, tienen que lograr éxito, o dar todo por perdido, según la fuerza individual que poseen.

Quizá, vosotros me acusaréis de que pretenda yo instituir tal comparación como crítica inadecuada, siendo como es, un hecho que aún en los Estados Unidos de Norte América hay muchas simpatías en favor de la colonización apoyada por el estado. Pero lo esencial, la base del *americanismo* está en la iniciativa individual. Los inmigrantes deben apercibirse de dicho ambiente desde el primer momento en que desembarcan en suelo americano, ya sea en el norte o en el sur. El derecho de igualdad para todos los hombres, es lo único que se necesita para inducir a los inmigrantes a hacerse pobladores de un país, adoptarlo como suyo y quererlo.

Si no he cansado vuestra atención, deseo haceros notar el desarrollo experimentado por el ferrocarril en este país y en el nuestro. En la Argentina, en un área de 3.000.000 de kilómetros cuadrados, hay 36.735 kilómetros de vías férreas; en los Estados Unidos, en 9.000.000 de kilómetros cuadrados, hay 426.000 kilómetros. Con el tiempo, vuestro país deberá tener 130.000 kilómetros para conservar la proporción de uno a tres. La Argentina no tropieza con mayores dificultades para la construcción de líneas férreas, que las de los Estados Unidos

de Norte América; quizá tiene mayor facilidad por ser más rica en los productos necesarios. Es cierto que la falta de población es una razón para que el kilometraje de líneas férreas no sea mayor, pues basándose en ella, llegamos a la conclusión de que ese kilometraje es proporcionado. Pero, la necesidad de ferrocarriles así como el provecho que se obtiene de ellos es mayor a medida que se van poblando nuevas tierras; de donde resulta que es preciso extender los ferrocarriles, pues así lo exige el país para su desarrollo normal. En general, hay un notable paralelismo entre los dos sistemas de líneas ferroviarias. La primera línea de los Estados Unidos de Norte América fué librada al servicio público en el año 1828; la de la Argentina fué inaugurada el 30 de agosto de 1857. Las dos fueron construídas con el mismo objeto, facilitar las comunicaciones con el interior, impulsando su actividad. Me enorgullezco al decir que uno de los primeros que vieron las grandes riquezas y el risueño porvenir de este país, era un paisano mío, Willian Wheelright, nacido en la misma aldea de mis padres, en Newburyport, Massachusetts.

Tanto en la Argentina como en los Estados Unidos de Norte América, el deseo de los financistas y estadistas ha sido llegar al oeste, al norte, y al sur, para ligar ese territorio inmenso con el este, con el centro de la vida nacional, e incorporarle así esas regiones casi desconocidas, para provecho del pueblo entero.

Los detalles de ese estudio y de lo que he llamado el paralelismo, los dejo librados a vuestras hábiles investigaciones. Quiero añadir, que la historia del ferrocarril en un país, da la llave para una buena comprensión del desarrollo, de las necesidades y del porvenir de otro que se encuentre, como en el caso que vengo analizando, en condiciones semejantes. En los Estados Unidos se hace un gran debate alrededor de lo que se llama la "fiscalización" de los ferrocarriles. Yo no me atrevo a discutir esta proposición, ni a establecer ningún contraste, porque es un problema psicológico, pues el ingenio de un pueblo puede obtener éxito de lo que el ingenio de otro puede obtener un completo fracaso.

No es que quiera yo ignorar el mal manejo que ha acompañado al progreso de nuestros ferrocarriles, desde sus primitivos tiempos. Más bien llamo vuestra atención hacia este tema para que en vuestros estudios hagáis un cuidadoso análisis de ello. Nuestros ferrocarriles no se han visto libres de la codicia. Pero al fin y al cabo, nos hemos llegado a conven-

cer de que su verdadera función consiste en servir al pueblo con abundantes y fáciles vías de comunicación a través de los países. Muchas de las reformas se han realizado debido a la intervención del gobierno, que hizo que fuera el pueblo y no la Bolsa de Comercio, el factor activo de su manejo. En este caso, sí, estoy de acuerdo en que el gobierno intervenga, porque sólo un agente neutral, como es un gobierno patriótico, puede juzgar entre tantos conflictos egoistas lo que en general más conviene a un pueblo.

No puedo terminar sin expresar mis esperanzas respecto al creciente comercio entre nuestros dos países. Los economistas de la generación pasada, dijeron axiomáticamente que la región del Plata y los Estados Unidos de Norte América, teniendo productos agrícolas análogos, nunca tendrían un intercambio recíproco, porque serían competidores, en la provisión de los mismos artículos, a los mercados extranjeros.

Sin embargo, el tiempo ha demostrado la falsedad de esa teoría. Poco a poco en Norte América se ha cambiado el carácter de nuestra actividad, y aunque continuamos siendo productores agrícolas, la producción agrícola no alcanza acaso a satisfacer la demanda del propio suelo, porque nos hemos industrializado, y de más en más dedicamos nuestras fuerzas a la producción manufacturera. Entretanto, la Argentina empieza a ser el gran almacén del mundo.

De ahí resulta que, o ya necesitamos o pronto necesitaremos nosotros allá lo que produzcais vosotros acá; y abrigamos la esperanza de que vuestro sorprendente e insaciable consumo reconocerá la conveniencia de consumir lo que puede ofrecerle la América del Norte. Orientado hacia esa finalidad, es que mi gobierno me ha destinado aquí, como enviado del departamento de comercio, bajo la dependencia de la oficina del comercio exterior é interior.

Prescindo de áridas estadísticas para probar que aumenta nuestro recíproco intercambio comercial. Como vosotros, yo también soy estudiante: tengo que estudiar, por ejemplo, el problema relativo a la mejor manera de establecer comunicaciones marítimas entre el sur y el norte; tengo que hallar los claros existentes en los mercados de ambos lados, y fomentar un intercambio comercial que resultará provechoso para todos. Tenemos, pues, que ser amigos, conocernos y entendernos. Pido vuestra ayuda, y si obramos unidos, impulsaremos el progreso de la América.

Otros contrastes pueden señalarse; unos en favor de

vuestro país, otros en favor del mío. Yo solamente deseo infundiros una curiosidad que os conduzca al estudio de estas cuestiones, para que mañana, cuando vayáis al extranjero, podáis distinguir claramente las ventajas o inconvenientes de aquello que encontréis. Muy pronto entraréis en la vida práctica, ya en los negocios, ya en las carreras profesionales; esforzaos en colaborar en la solución de estos problemas que interesan a la generación en la cual tendréis parte activa. Espero haberos inculcado una sola idea siquiera que os sea de provecho. Y cuando vuestros pensamientos recorran el pasado, tened presente que os los sugirió el agregado comercial, el leal amigo de la Argentina.

ALBERT HALE.
